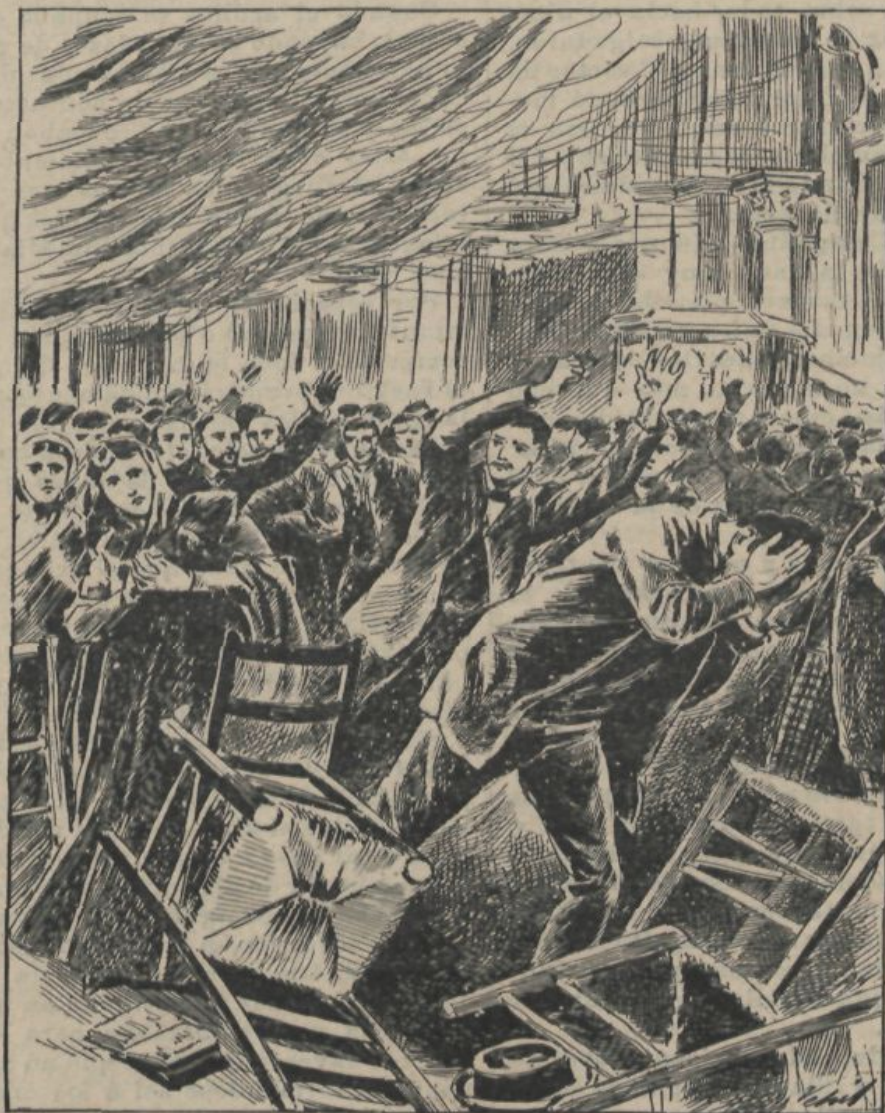


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, agosto de 1895 ✧ NÚMERO 43



EL INCENDIO DE UNA IGLESIA

Desde las ventanas de las casas situadas frente al templo, veíase la multitud que se agitaba en el centro de la iglesia, entre las llamas

SUMARIO

El incendio de una iglesia.—La montaña de Morosí.—La Ley de Lynch (conclusión).—Un reclamante célebre (Continuación).—Pensamiento.

EL INCENDIO DE UNA IGLESIA

Santiago, 8 de diciembre 1863

Raras veces se ha visto un siniestro tan repentino é imponente, tan violento y espantoso como el que ocurrió en Santiago el 8 de diciembre de 1863.

En la iglesia de la Compañía de dicha ciudad celebrábase la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María todos los años desde el 8 de noviembre al de diciembre, de la manera más magnífica, con orquesta, canto y una espléndida iluminación.

Todos los ángulos del edificio, desde el suelo hasta el techo, y, sobre todo, hacia el altar mayor, eran un mar de muselina y colgaduras, iluminadas por infinitas luces; y el rector de la iglesia, llamado P. Ugarte, no perdonó medio alguno para asombrar á los fieles con el esplendor de su templo; pero en la noche del 8 de diciembre fué cuando la solemnidad llegó al apogeo de la magnificencia.

La iglesia de la Compañía, edificada á fines del siglo XVII, tenía la nave muy espaciosa, pero el techo era de madera pintada, de muy reciente construcción. La única puerta de fácil acceso era la principal, pues las laterales, bastante pequeñas, no se abrían más que con una hoja, y, además, estaban obstruidas con varios efectos de la iglesia. Cerca del altar mayor había otra para ir á la sacristía. El 8 de diciembre era el último día de la celebración.

Más de tres mil mujeres y algunos centenares de hombres llenaban completamente el templo. El P. Ugarte estaba pronunciando un sermón; y el Nuncio Elizaguirre, que había llegado de Roma, debía predicar también. Mucha gente se había quedado á la puerta por no poder entrar.

El edificio estaba decorado con la mayor magnificencia. Habíanse revestido las paredes con colgaduras de terciopelo carmesí, seda y paño de oro, cuyos graciosos pliegues llegaban hasta el suelo; y, además de los dos mil blandones de cera dispuestos en torno del altar mayor, numerosas lámparas de aceite formaban festones en todas las columnas, circuyendo todo el edificio, que aquella noche contenía más de 20,000 luces.

El techo estaba adornado con centenares de varas de gasa azul y blanca, formando como nubes, llenas de estrellas de plata; y, en fin, el buen P. Ugarte se había excedido para rivalizar con la iglesia de San Pedro.

Para sufragar en parte los enormes gastos en que se había incurrido para el objeto, el rector fijó precios fabulosos en los últimos tres días para las papeletas de admisión, que, no

obstante, fueron buscadas con ansia por centenares de señoras, pertenecientes en su mayoría á las más ricas y aristocráticas familias de la ciudad, por lo cual obtuvieron los puestos de preferencia, entrando á primera hora.

A las seis de la tarde, el edificio contenía en su interior dos mil seiscientas personas, de las cuales las tres cuartas partes eran mujeres. A las seis y media, aunque el templo estaba atestado de gente, la multitud que estaba fuera, deseosa de entrar, se oprimió contra las puertas cerradas para forzar el paso; y á las siete menos cuarto dióse principio á la misa mayor con toda la pompa acostumbrada en semejantes casos.

Los monaguillos, que habían estado ocupados desde las dos de la tarde encendiendo las interminables líneas de luces, llegaron entonces á la inmediación del altar, encendieron los blandones, y solamente les faltaba poner fuego en el incensario, que estaba al pie de la Virgen.

Cuando el acólito se ocupaba en esto, una chispa, cayendo en unos lazos de gasa, produjo una llama que se elevó á considerable altura, después de ponerse en contacto con la muselina y colgaduras que rodeaban el altar. Como éstas eran ligeras é inflamables, comunicaron el fuego á los tapices, que á su vez se incendiaron, y, con más rapidez que el pensamiento, todos los adornos inmediatos ardieron á su vez.

Por espacio de un minuto, solamente un minuto, la gente no se movió, sin duda por no comprender toda la extensión del peligro; mas el fuego se propagó rápidamente al rededor de la iglesia, y las chispas y cenizas de las colgaduras de terciopelo, elevándose hacia el techo, incendiaron las masas de nubes artificiales.

Escapar del edificio era punto menos que imposible para los que estaban en el centro de su interior; de modo que el primer acto de los hombres reunidos delante de las puertas ó cerca de ellas fué abrir paso á través de la compacta multitud de mujeres, á fin de llegar á la parte central de la iglesia, donde muchos habían dejado sus esposas é hijas.

Sin embargo, al ver que esto era imposible, se dejaron llevar por la oleada de gente que pugnaba por alcanzar las puertas; pero, una vez llegados al aire libre, en vez de apartarse para dejar paso á otros muchos, volvieron á entrar en busca de algún pariente ó amigo.

Muchas damas, ignorando el verdadero estado de cosas, no se levantaron por temor de perder su sitio, y la consecuencia fué que todas las personas que estaban en el centro de la iglesia y se esforzaban para alcanzar las puertas cayeron sobre las que no se habían levantado, formándose así á los cinco minutos verdaderas barricadas de carne humana, en las que se oían gritos y lamentos, y que interceptaron completamente las tres entradas pequeñas de la iglesia, impidiendo que se prestara auxilio desde el exterior á las mil ochocientas mujeres que ahora se veían amenazadas de muerte.

La conflagración hizo rápidos progresos, y el interior de la gran cúpula se convirtió en un mar de llamas. El plomo, empleado con abundancia en la construcción del templo, comenzó á derretirse, y caía en gruesas gotas sobre las cabezas de la multitud.

Las llamas llegaron, al fin, á los festones, en los que había miles de farolillos, y, envolviendo las cuerdas, hicieron caer los globos de color con su contenido sobre la multitud, extendiendo sobre ella una especie de sábana de fuego líquido. Algunas columnas, abrasadas en su base por el elemento devorador, cayeron con estrépito, aunque eran de madera; mientras que desde la cúpula caía una lluvia de chispas y de cenizas ardientes.

Desde las ventanas de las casas situadas frente al templo, veíase la multitud que se agitaba en el centro de la iglesia, entre las llamas. La gigantesca campana de la torre comenzó á repicar en demanda de auxilio, dando la alarma en muchas millas á la redonda, hasta que, al fin, cuando los cimientos del campanario cedieron, éste cayó desde su tremenda altura con horrísono estrépito, produciendo en el aire los más extraordinarios sonidos.

A eso de las ocho, los gritos y lamentos que se oían en el interior del templo comenzaron á debilitarse. Pocos minutos después, la mayor parte del techo se hundió con atronador estrépito, y después siguióse un silencio profundo.

Aunque entre los agentes de seguridad pública reinó el más perfecto orden y disciplina, así como en las brigadas de bomberos, no se consiguió despejar las inmediaciones de las puertas de la iglesia; y muchas personas, enloquecidas por la angustia, y no queriendo sobrevivir á sus dolorosas pérdidas, volvieron al interior del templo, convertido en un horno, después de haber conseguido escapar, para morir de una vez.

A pesar de las obstrucciones, las brigadas de operarios que estaban junto á las puertas trabajaron de continuo, consiguiendo extraer más de doscientas señoras de aquella montaña viviente, cuyo peso las sofocaba; pero muchas tenían los brazos completamente separados del cuerpo, y las más resultaron con terribles contusiones, huesos fracturados, costillas rotas, etc.

En aquella ocasión viéronse actos de gran valor y heroísmo. Mr. Nelson, el embajador americano, que casualmente se hallaba en las inmediaciones, al oír el repique de la gran campana, mandó á su cochero que le condujera al sitio, y al apearse del carruaje dirigióse á la entrada principal, á donde llegó en el momento en que la multitud aplastaba á veinte ó treinta señoras. Acto continuo comenzó á trabajar, y otros imitaron el ejemplo, aunando sus esfuerzos. Gracias á Mr. Nelson, se salvaron las vidas de cincuenta jóvenes damas, y el embajador no abandonó nunca su puesto hasta que el techo de la iglesia se hubo hundido, por lo cual quedó rodeado de una lluvia de chispas y cenizas. Se le sacó de allí con toda la ropa abrasada y el cabello quemado.

Todas las puertas de las casas inmediatas se habían abierto, entretanto, para recibir á los heridos y moribundos. El palacio del Congreso y del Senado, así como el edificio de la Diputación, se llenaron de jóvenes moribundas, cuyos lamentos causaban angustia; muchas murieron sobre los bancos forrados de terciopelo carmesí, y las Cámaras de los representantes de la nación sirvieron algún tiempo de hospital.

Las bombas trabajaron bien y sin cesar; pero no bastaba el agua para extinguir la masa de materia inflamable, compuesta de muselina, terciopelo, velos de las señoras, abanicos y mantillas, y los miles de libras de cera derretida que avivaban la fuerza del combustible en el altar mayor.

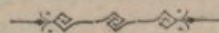
Poco después de media noche dióse principio á la exhumación: antes de amanecer, una larga fila de carros esperaban en las inmediaciones de las ruinas, y antes de ponerse el sol otra vez, ciento sesenta emprendían la marcha, cargados de cadáveres ennegrecidos, que se depositaron en el panteón para identificarlos. Según el informe oficial, resultó una lista de doscientos muertos, la mayor parte mujeres de quince á veinte años.

Apenas se contaba una familia que no hubiese sufrido alguna pérdida, y todas las clases padecieron. De algunas casas faltaban nueve ó diez mujeres que habían perecido, madres con sus hijas, muchas criadas, y maestras que habían ido con sus alumnas. Diéronse muchos casos de familias enteras que habían salido de sus casas para asistir á la ceremonia y de las cuales no volvió una sola persona.

Al día siguiente, y cuando las ruinas se hubieron enfriado, muchos agentes de policía y trabajadores se ocuparon en retirar los restos ennegrecidos de las víctimas, calcinados ya y que formaban grandes montones. Los soldados encontraron un considerable grupo de personas abrasadas que habían permanecido unidas; de modo que cuando se retiró un cuerpo, todos los demás cayeron, no siendo posible reconocer ninguno.

Apenas se pudo identificar ninguna de las infelices víctimas, y por esta razón nobles y plebeyos fueron conducidos al cementerio sin distinciones y enterradas en una fosa común. Se contaron hasta mil quinientos cráneos ennegrecidos; y cuando uno ó días después de la catástrofe se giró una visita al lugar del siniestro, aún había allí cuarenta ó cincuenta hombres que trabajaban activamente para abrir una enorme zanja de ciento ochenta pies de longitud por diez de anchura y cinco de profundidad para sepultar allí un horrible montón de restos humanos que se habían dejado en aquel sitio cubiertos con ramaje de los árboles.

La catástrofe produjo una impresión profunda, cuyo recuerdo será eterno en la ciudad.



LA MONTAÑA DE MOROSÍ

Morosi, jefe de la tribu sudafricana de los Basutos, pueblo de igual raza que los zulús ó cafres, acampado en las fuentes del río Orange, era uno de aquellos valientes indígenas que por tanto tiempo se resistieron á aceptar la dominación inglesa en los vastos territorios al NE. de la colonia del Cabo. Perseguido por las tropas británicas, retiróse á una montaña, que lleva hoy su nombre, y allí se sostuvo largo tiempo contra el enemigo.

Pasaba esto á últimos de 1879. Organizóse

cueva, que era inaccesible, y, una vez dentro, se descubrió el cadáver de Morosi, con un balazo en el cuello, inferido, según se supo, á poco de comenzar el ataque. La insurrección quedó sofocada.

UN RECLAMANTE CÉLEBRE

(Continuación)

En julio de 1867 procedióse á practicar un examen público del reclamante en la Cancillería, y entonces habló por primera vez del nau-



LA MONTAÑA DE MOROSI

una columna á las órdenes del coronel Bayly, y salió para la temible montaña donde se habían hecho fuertes Morosi, y sus valerosos compañeros. Al llegar allí se mandó practicar un reconocimiento, no tardando los basutos en dar fe de no ser mancos con terribles descargas, que ocasionaron sensibles bajas á los ingleses.

Dada la señal de ataque, comenzó á trepar la columna por la peñascosa montaña, teniendo que sostener un continuo fuego; de manera que sólo adelantaba palmo á palmo. En uno de aquellos momentos fué cuando el teniente Springer mató, de un tiro de carabina, á un *rebelde* que se distinguía por el acierto con que disparaba contra los ingleses.

El coronel había ofrecido 200 libras esterlinas al que le presentase, vivo ó muerto, á Morosi, y excusado es decir con qué ganas fué buscado así que los basutos se dispersaron. Vióse á un hombre en una cueva, se le hizo fuego y cayó muerto, creyéndose que sería el que se buscaba; pero no tardó en aparecer otro, que se apoderó del fusil del muerto y, disparando, hirió á un inglés.

Entonces se procedió á volar con dinamita la

fragio del *Bella*: dijo que había podido salvarse en un bote con otros ocho hombres, y que fué recogido por un buque al paso. No estaba seguro del nombre de éste; mas parecía que se llamaba el *Osprey*, y que su capitán era un tal Owen Lewis, ó Lewis Owen, lo cual no recordaba á punto fijo. El *Osprey* le desembarcó en Melbourne, en julio de 1854, unos tres meses después del naufragio, y al día siguiente de su llegada comenzó á servir como pastor bajo el nombre de Tomás Castro, que era el de un individuo á quien conoció en Chile durante sus viajes.

Entretanto, los curadores de Tichborne no permanecieron ociosos, pues todos los individuos de la familia, excepto la viuda, estaban convencidos de que aquel hombre era un desvergonzado impostor, y habían resuelto defender los dominios de Tichborne contra él. Por lo pronto enviaron á Australia á un tal Mackenzie para que practicara averiguaciones. El comisionado visitó las ciudades de Melbourne, Sydney y Wagga-Wagga, y obtuvo informes muy curiosos, entre los cuales figuraron los siguientes.

1. Algunos meses antes de publicarse en los diarios de Australia el anuncio de lady Tichborne, Tomás Castro, dependiente del matadero de Wagga-Wagga, había casado con una criada irlandesa llamada Bryant, que por no saber firmar hizo una cruz en el registro.

Esto no tenía nada de particular; pero no dejó de ser muy extraño que después de haber escrito lady Tichborne su primera carta á Mr. Gibbs, diciéndole, entre otras cosas, que su hijo extraviado profesaba la religión romana, Tomás Castro y Mariana Bryant quisieron celebrar otra vez la ceremonia del matrimo-

Mackenzie vió en esto una clave: Schottler no estaba ya en Wagga-Wagga; mas era evidente que si se podía encontrarle arrojaría alguna luz sobre los antecedentes del supuesto heredero. Creíase en la ciudad que Schottler era hijo de Londres.

Se pidieron á dicha ciudad informes sobre Schottler; y como el nombre no era común, supose que una persona así llamada había tenido una taberna en la calle de Happening High.

Prosiguiéronse las investigaciones, y se averiguó que los Schottler habían marchado ya; pero el agente encargado de las pesquisas no



LA MONTAÑA DE MOROSI: Mató, de un tiro de carabina, á un rebelde...

nio, pero sometiéndose al rito de la Iglesia Católica.

2. Antes de salir de Australia, el reclamante había extendido su testamento, que era un escrito [verdaderamente maravilloso: en él se disponía de propiedades que se consideraban como parte del dominio de Tichborne en Inglaterra; pero todos estos bienes eran puros mitos que no existían sino en la imaginación del testador, y, por otra parte, era muy de notar que en el testamento el cariñoso hijo llamase á su madre lady Hannah Francés. El verdadero nombre lady Tichborne era Enriqueta Felicité, y había firmado sus cartas «H. F. Tichborne». El ingenioso Mr. Gibbs explicó que su cliente había interpretado así las iniciales.

Se descubrió también que en otro tiempo había vivido en Wagga-Wagga un carnicero llamado Schottler, y que Tomás Castro, antes de que pudiera ocurrirle reclamar los estados de Tichborne, declaró que había conocido á la familia de Schottler en su primera juventud, y vivido muy cerca de su casa.

se dió por vencido: con una fotografía del reclamante en su cartera, comenzó á visitar los antiguos vecinos de la familia Schottler, para preguntarles si reconocían el retrato.

Después de varias diligencias inútiles, el agente dió con otra taberna, titulada *El Globo*, cuya dueña, al ver la fotografía, declaró que el original, un hombre alto y corpulento, había visitado su casa la Navidad anterior, y que permaneció una hora, haciéndole muchas preguntas sobre las familias del Wapping, y en particular la de los Schottlers. El agente tuvo también mucho empeño en adquirir informes de la familia de un tal Jorge Orton, dueño de una carnicería en High Street.

El día de Navidad fué precisamente el mismo en que el reclamante llegó á Inglaterra.

La dueña de la taberna *El Globo* añadió que el extranjero había manifestado tanta curiosidad respecto á saber el paradero de los Ortons, que esto le indujo á mirarle más detenidamente, y, al fin, exclamó:

—A fe mía, creo que V. mismo es un Orton,

ó, por lo menos, se parece mucho al anciano padre de la familia.

El agente descubrió después que tres hijas del primer Orton vivían aún, y al punto las buscó. Nada sabían del misterioso extranjero; jamás había ido á verlas, y el retrato no se asemejaba á ninguna de las personas que conocían.

Se observó, no obstante, por muchos indicios, que habían salido de la pobreza y que disfrutaban ahora de un bienestar comparativo desde hacía algunos meses.

Después se dió caza á un hijo de Jorge Orton, un jorobado que había sido socio de un carnicero llamado Woodgate, establecido en el Wapping. Este Woodgate, que ahora trabajaba solo por su cuenta, dijo al agente que Carlos Orton, su ex socio, le había hablado de un hermano que debía regresar de Australia para tomar posesión de una extensa propiedad, habiéndole prometido veinticinco duros al mes, y diez mil de regalo apenas fuera dueño de los bienes.

La pista era cada vez más marcada. Con alguna dificultad descubrióse el paradero del jorobado Carlos Orton y se le interrogó. Al principio parecía dispuesto á soplar, como él decía, si se le recompensaba debidamente; pero cierto día, antes de que se arreglase nada, el hombre desapareció sin dejar indicio que permitiera encontrarle; de modo que las pesquisas en el Wapping se suspendieron por el pronto; pero, según se verá, pusieron á la familia Tichborne en camino para descubrir la trama. Los defensores de ésta tenían la completa seguridad de que el corpulento reclamante que pretendía ser Rogerio Tichborne no era otro sino Arturo Orton, el hijo más joven del carnicero de Wapping, y que su visita á este barrio en la misma tarde del día en que desembarcó en Inglaterra fué motivada por la natural curiosidad de saber algo sobre sus hermanos y comprar su silencio.

En medio de estas investigaciones, lady Tichborne murió, sin que se modificase su creencia de que aquel hombre era real y efectivamente su hijo. Poco antes de esto, la anciana señora, no hallándose á su gusto en la casa de Croydon, donde su salud empeoraba de día en día, se trasladó á un hotel situado cerca de la plaza de Portman, donde se le encontró muerta en su sillón el 12 de marzo de 1868.

La familia Tichborne quiso que se abriese otra información en virtud de varios asertos del mismo reclamante, quien había dicho: 1.º, que en su visita á Melipilla, en Chile, conoció á un hombre llamado Tomás Castro, nombre que él tomó después; y 2.º, que en 1854, cuando fué recogido por el *Osprey* y se le condujo á Melbourne, entró al servicio de un tal William Foster, en clase de pastor.

Estos dos asertos favorecieron en cierto modo al reclamante, porque el verdadero Rogerio había viajado, efectivamente, por Chile; y si la fecha en que el reclamante entró á servir como pastor convenía con el informe de sus aventuras después del naufragio del *Bella*, esto sería

hasta cierto punto una prueba, aunque ligera, de que su relato era verdadero. Mas, por otra parte, si resultaba falsedad, esto perjudicaría mucho al impostor, conduciendo á graves descubrimientos para él.

En su consecuencia, los defensores de la familia, viendo que los del reclamante trataban de hacerse fuertes en esos dos puntos, enviaron comisionados á Chile y Australia para recoger informes.

El reclamante pidió al tribunal que debía entender en la causa un plazo para ir con los comisionados á carearse con Tomás Castro en Chile ante aquéllos; y después de establecer su identidad con Rogerio Tichborne, por el testimonio de los chilenos, acompañar los comisionados á Australia. Esto pareció justo, y el tribunal concedió el plazo, en virtud de lo cual el reclamante marchó con los comisionados á Valparaíso y Melipilla, haciéndose acompañar por sus consejeros legales.

Cuando el buque llegó á Río, sin embargo, el reclamante quiso desembarcar, y dijo que iría por tierra hasta Chile; pero inútil parece decir que no era tal su intención. Tomó pasaje en el primer buque que se hizo á la vela para Inglaterra, y muy lejos estaba de su ánimo volver á Melipilla, pues no le convenía ver á sus amigos allí. Viendo la cosa malparada, había escrito á su amigo Tomás Castro, recordando su antigua amistad, hablándole de sus amigos en Melipilla, y diciéndole que ahora reclamaba un extenso dominio en Inglaterra, pero que era necesario que los amigos le ayudasen á recobrar sus derechos.

Tomás Castro contestó con muchas frases afectuosas, hablándole mucho de los amigos de Melipilla.

Pero, desgraciadamente, en la carta de Castro había una frase que hizo arrugar el ceño á Mr. Holmes, el consejero del reclamante: el chileno recordaba á su antiguo amigo que en la sociedad arcadiense de Melipilla se le conoció con el nombre de Arturo Orton. A esto se siguió otro golpe más contundente aún: una dama de Chile, á quien el reclamante había conocido en sus buenos días, le envió un mechón de cabello, que aquél reconoció como suyo, dando las gracias en una carta.

Entretanto, los comisionados, que habían ido á Melipilla solos, procedieron al examen de testigos, y supieron, por la señora, que ésta había cortado el mechón de cabello de la cabeza de un joven inglés llamado Arturo Orton.

En su consecuencia, el falso Rogerio debió negar que el mechón era suyo; mas su mala suerte quiso que hubiese enviado ya la carta dando las gracias.

Los comisionados examinaron en Chile unos diez y siete testigos importantes, y todos dijeron la misma cosa. No habían conocido jamás á ninguna persona llamada Tichborne. Melipilla era una oscura ciudad desviada de la carretera, y excepto el doctor, que era residente, solamente había vivido allí un inglés. Este hombre llegó en 1849 (casi cinco años antes de que Rogerio Tichborne saliese de Europa) á

Milipilla. Era marinero, sin ocupación cuando se presentó, y no había vivido allí más de diez y ocho meses, al cabo de cuyo tiempo marchó á Valparaíso para volver á Inglaterra. Según dijo, se llamaba Arturo, añadiendo que su padre era «un carnicero llamado Orton, que abastecía á la reina». Aseguró, además, que le habían enviado al mar para curarse de la afección conocida vulgarmente con el nombre de «danza de San Víctor» (se recordará que el reclamante había dado este detalle á Mr. Gibbes para excusarse de su imperfecta educación); y que como el capitán del buque le maltratará, se escapó á Valparaíso.

Además de esto, varios testigos, incluso el Tomás Castro, reconocieron en el retrato del reclamante, que se les enseñó, las facciones de aquel marinero; é invitados á mirar otros dos hechos al daguerreotipo en la época de sus viajes á Chile, contestaron que jamás habían conocido nadie que tuviera con ellos semejanza alguna.

Por otra parte, se averiguó, revisando los registros del cónsul en Valparaíso, que un marinero llamado Arturo Orton había desertado de su buque, el *Oceano*, en aquel puerto, precisamente en la fecha citada por los testigos; y también se supo que un tal José M. Orton había vuelto á embarcarse allí diez y ocho meses después.

Desde Chile, los comisionados marcharon á Australia para girar una visita á Boisdale. Williams Forster, el ganadero, á quien el reclamante alegaba haber servido bajo el nombre de Tomás Castro, había muerto ya; pero su viuda dirigía la casa. Ya se recordará que el reclamante dijo que había entrado á servir á Mr. Forster en julio de 1854, el mismo día en que el *Osprey* le dejó en Melbourne. Pues bien: en primer lugar, la Sra. Forster manifestó á los comisionados que su esposo no había tenido jamás granja alguna en Boisdale hasta dos años después de dicha fecha; y en segundo, negó que hubiese estado á su servicio un pastor llamado Tomás Castro. Al revisar los libros del difunto ganadero, los comisionados, en efecto, no hallaron tal nombre; mientras que sí vieron que Mr. Forster había empleado durante los años de 1857 y 1858 á un pastor que se llamaba Arturo Orton.

No se redujo todo á esto. Examinando los registros de embarques, averiguaron que, mientras que un Arturo Orton había salido de Valparaíso con rumbo á Londres en 1853, otro individuo del mismo nombre y apellido se había hecho á la vela en Londres para marchar á Hobart Town en 1852. Ahora bien: el buque en que Arturo Orton salió de Valparaíso era el *Jessie Miller*, precisamente el nombre de aquel en que el reclamante se hizo á la vela en Londres, según dijo á Mr. Gibbes. También manifestó á éste que había emprendido el viaje el 28 de noviembre de 1852, es decir, la misma fecha en que Arturo Orton marchó á Hobart Town. Inútil parece añadir que la señora Forster reconoció las fotografías que se le enseñaron como retratos de Arturo Orton.

Como para confirmar todos estos asombrosos detalles, los comisionados supieron por un colono que había conocido al mismo hombre en Boisdale y Wagga-Wagga, que en una parte tomaba el nombre de Arturo Orton y en la otra el de Tomás Castro. Por último, al examinar el testamento que el reclamante había dejado antes de salir de Wagga-Wagga, los comisionados vieron que se nombraba testigos á dos hombres que después resultaron ser amigos de Orton el padre, carnicero en el Wapping.

Otra importante revelación se hizo por entonces en Inglaterra. Carlos Orton, el jorobado, que tan repentina y misteriosamente había desaparecido cuando se buscaba con ansiedad su testimonio, volvió á presentarse de improviso y fué á ver á los defensores de Tichborne, á quienes dijo que podía dar algunos informes, como así lo efectuó ante testigos. Declaró, por lo pronto, que el hombre que ahora reclamaba el dominio de Tichborne era en realidad su hermano Arturo; que éste le había prometido una pensión de veinticinco duros mensuales con tal de que fuese á vivir á otra parte, tomando el nombre de Brand, y que desde que su hermano había marchado á Chile no se le pagaba dicha suma.

Esto era contundente. Mr. Holmes, el defensor del reclamante, tuvo por conveniente retirarse, abandonando á su cliente, y los que apoyaban á este último perdieron todas las esperanzas.

Algunos de ellos, sin embargo, reuniéronse en Alresford para discutir sobre la situación, y entonces produjéronse algunas cartas, escritas, seguramente, desfigurando la letra y dirigidas á las hermanas de Orton bajo la firma «W. H. Stephens». Estas cartas contenían algunas preguntas acerca de la familia de Orton, semejantes á las que el misterioso extranjero hizo en la taberna de *El Globo*, en el Wapping. El autor manifestaba particularmente deseos de obtener noticias de cierta señorita Loader, en otro tiempo amante de Arturo Orton, y acompañaba adjuntas, como retratos de la mujer de éste y de su hijo, ciertas fotografías que eran, seguramente, retratos de la mujer y el niño del falso heredero.

El reclamante, que estaba allí, fué invitado á explicar estas cartas.

Aseguró que eran obra de sus enemigos y escritos falsificados para arruinarle.

La explicación satisfizo á varios de los oyentes y se abrió una suscripción á fin de facilitar fondos al reclamante para hacer buena su causa.

Al fin, después de una prolongada información en la Cancillería, resolvióse zanjar la cuestión, entablado pleito según los procedimientos ordinarios. El coronel Lushington, según recordará el lector, pagaba los alquileres de la casa Tichborne á los curadores del joven heredero. El reclamante presentó demanda para que se obligase al coronel á dejar la casa libre. Este no se opuso, porque era uno de los que apoyaban al reclamante y creía en su



LA MONTAÑA DE MOROSI: No tardó en aparecer otro que se apoderó del fusil del muerto...

buena fe; pero la demanda dió lugar á la cuestión de si aquel hombre tenía ó no derecho á exigir el desahucio, y después á la de si era ó no Rogerio Tichborne. *(Se concluirá)*

»»»» PENSAMIENTO ««««

—Por valiente que sea un hombre, siempre le place verse fuera de peligro.

==ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA==

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA